al muro, agotado de emoción y del esfuerzo, camino de la muerte y del sepulcro en que ya podría descansar, necesitado de reposo, pero sonriendo de llevar consigo esa última visión terrena: ¡la salvación de su hija!

Esta propia noche, Salvador, en la cervecería, bebió más que de ordinario y más que todos, azorando al grupo, por su acritud contra Dios y las cosas divinas, por sus escepticismos acerca de las mujeres. Solo creía en el Arte y en sus dos chiquillas:

—Tú las conoces, y tú, y tú, ¿no es cierto?—les preguntaba á los íntimos,—conoces á Evangelina y á Magdalena... ¿Mi muerta?... ¡Bah! polvo, nada, la ceniza de mi cigarro!... ¿Las virtudes de las que se van, los amores de las que después nos salen al paso?... Me río yo de virtudes y de amores ¡es un fenómeno puramente subjetivo!... ¡Nó, no marcharse, no dejarme!... ¡Mozo! ¡mozo!... ¡tráenos otras cervezas!

Y entre las espumas que de su copa derramaba antes de apurar la blonda bebida teutona, se le escaparon proyectos, escribiría un libro, un gran libro que superaría á los cuadros de él y á los cuadros de muchos.

V

Lo que sucede siempre que se rompe el culto resorte que mantiene unida á una familia.

Evangelina, ya mayor de quince años, condújose en el casi altercado que por su matrimonio en proyecto sostuvo con Salvador, no como una muchacha de las de su edad, y de buen grado sometida al yugo paterno, sino como mujer hecha y derecha que defiende su causa, y al defenderla, revela que no ha de ceder un ápice. Al pronto, Salvador echó la cosa á broma, sin creer que nunca pudiera llevarse á efecto:

—¿Con que te casarás, eh?... Y si yo, en lugar de consentirlo, te mando á que sigas jugando á las muñecas, ¿qué harías?...

—No jugar á nada y tratar de convencerte, según tratándolo estoy, de que serías injusto si no consintieras...

—Y si á pesar de tus argumentos, que no valen nada, ¡no te me crezcas!, yo no consintiera, y te demuestro en cambio que una criatura cual tú no debe, ¡no, señor!, no debe ni pensar en casorios, ¿qué compostura le damos al negocio?... ¡Mire Ud. que es osadía decirme á mí, una hija mía que no sabe aún dónde tiene las narices, que ha resuelto matrimoniarse con Perico el de los Palotes, y todavía venir á pedirme mi consentimiento!... Pues no me da la gana ¡ea!, y ya que te enserias, adviértote que no consiento siquiera ni que vuelvas á hablarme de disparate tamaño ¿me entiendes?... ¡Aprende á tu hermana, que

aunque te lleva casi dos años, no le ha ocurrido hasta hoy darme este disgusto!... ¡No me enojes, Evangelina, ni me pongas esa cara! Reflexiona... piensa en lo grande que sería desatino semejante, y en que si tú andas chiflada por tus amoríos... ¡amoríos, y nada más que amoríos! no me interrumpas..., yo, afortunadamente, estoy en mis cabales y no he de permitir que te vayas por ahí, del brazo, con el primer mozalbete que te sale al encuentro... ¡Quedábamos frescos!...

—Es que no he de haberme explicado bien, papá, ó que tú, adrede, no quieres entenderme—repúsole Evangelina con la imponente entonación respetuosa que saben emplear las mujeres para demostrarnos que una resolución suya es inquebrantable.—Déjame que te repita...

—¡No, nó! no me repitas nada, hija mía, pues conozco la tonada, es viejísima: que lo quieres muchísimo, que le has jurado y perjurado lindeza y media, y que si no casas con él, te morirás de pena ¿no es eso? ¡Ingrata, ingrata y tres veces ingrata! ¡Qué prisa te corre de abandonarme!...

—¿Por qué, desde mucho antes, me has abandonado tú el primero? — murmuró Evangelina quedamente y en seguida arrepintiéndose de la acusación tremenda, formulada sin adivinar su alcance, que, ahora, vestida ya de palabras, alarmábala por el reproche que envolvía.

—¿Que yo te he... que yo las he abandonado el primero á Uds., á ti y á Magda, lo único sano que me resta y lo único que amo?—le preguntó Salvador, aterrorizado de palpar lo exacto de la acusación y de que su hija se la ratificara.

¡Así era la verdad! Salvador habíalas abandonado, no materialmente, desde luego que no, habíalas descuidado más bien, sin percatarse de ello, creyendo que con darles alimento y techo, cuanto las hacía falta y con dinero

puede haberse, cumplía sus deberes paternos y ni ellas debían exigirle más ni él proporcionárselo. Y eso que las quería ¡de veras!, que se gozaba en mirarlas crecer y hermosearse; en descubrir cómo venía á sus cuerpos y á sus cerebros la belleza y la inteligencia progresivas; cómo iban haciéndose mujeres, tan rápidamente y tan en silencio, con la encantadora sencillez con que se realizan todos los fenómenos naturales: el crecimiento de la hierba, el abrir de los capullos, el amanecer de las auroras y el morir de los crepúsculos, simplemente, deliciosamente, fatalmente. Las quería y las descuidaba, vale decir, comportábase con ellas á la manera de un viudo cualquiera, achacando á la muerte prematura de la madre no poder él, por su sexo, suplir ese vacío inmenso. Allá, con vaguedades, sabía que el atender á una jovencita, cual debe ser atendida, reclama una porción de delicadezas que nosotros, los hombres, no poseeremos nunca; una porción de adivinaciones, de ternuras, de cariños y palabras que nos faltan. De ahí que confiara la dulce carga á las espaldas de Refugio, quien, ruda, y vulgar, y todo, siquiera era mujer y atinaría á conllevarla mejor que él, que ni cuando sus fugaces y trágicas relaciones con Carolina Moralba, ni después, había podido prescindir de sus malas amistades de calle y cantinas, ni escapar á las peores consecuencias de amistades tales. Por lo pronto, no las sacó del colegio de aquellas tres almas simples, al que á raíz de su viudez las llevara. ¡Respirábanse una virtud y un orden en la pobre vivienda, que Salvador resolvió dejarlas en sitio tan edificante y ejemplar, lo más posible, hasta tanto no volviera él á casar, si es que á casar volvía, ó hasta tanto ellas, á fuerza de crecer y crecer, ignorando que la pasaban, pasaran la edad peligrosa en que las pasiones apuntan y arrasan con las juventudes, por de dentro! Allí esta-

ban perfectamente, al lado de tres mujeres que para santas, sin hábitos ni mojigaterías, iban que volaban; y se las recomendó con los mayores encarecimientos, invocando, para que cedieran, la memoria de Emilia.

—¿Que no tienen más que enseñarles?... Eso se creen Uds., pero yo, nó; sí, que tienen, y mucho aún; enséñenmelas ahora á guisar, á tejer primores, á que se confeccionen sus vestidos, á lo que Uds. quieran; pero no me las suelten en mi casa, solas y sin quien las aconseje y cuide, que ya me da miedo de ver cómo despiertan, ó de que me registren el estudio y examinen las telas pintadas, ó los esbozos, ó que un día de éstos sorprendan á una «modelo» en traje de carácter, ó se enteren de las teorías y doctrinas de mis amigos que lo frecuentan... ¡O siguen ustedes custodiándolas, ó yo cambio de oficio y tiro mi paleta y mis pinceles!

Cedieron las maestras; sobre que aparte el afecto cobrado á las rapazas, la colegiatura serviales cual lluvia de estío. Y las chicas, Magdalena muy particularmente, acogieron el convenio sin repugnancias; con lo que Salvador sintióse más libre, más sin responsabilidades inmediatas y siguió dando al traste con lo que de sentido moral restábale aferrado á sus entrañas de honrado y campesino. De ahí, que cada día más distante del espíritu en formación de sus hijas, conformárase con que su fragancia virginal le perfumara á él el alma en los momentos, más raros y breves cada vez, en que aspirábalo hallándose junto á ellas—ya con dormitorio separado, por supuesto,—las mañanas en que podía levantarse temprano y desayunarse en su compañía, como antaño, en el comerdocito que se asomaba al jardín diminuto á mejor escuchar el festival de sus violetas y de sus rosas, de sus flores todas, que reían y se besaban, excitadas por el sol, esponjados sus tallos húmedos, las corolas de cara al cielo, perfumando el patio y la casa entera. En cambio, cuántas hablábales apenas, en su apresurado entrar y salir de individuo distraído por los amigos y por la calle, cuando iba á sacar dinero, ó en busca del abrigo, ó á sacrificar, á vil precio, alguno de sus cuadros, alguna de sus escasas joyas artísticas de precio, que por años habían engalanado los rincones y muros del estudio medio desnudo ahora, amagado de que lo desnudara totalmente con su desastroso modo de vivir. Entonces, durante estas permanencias, furtivas casi, que llevaba á cabo al atardecer, eran los encuentros con sus hijas, los diálogos incompletos y fugaces, el fraguar de mentiras y pretextos que justificaran el callejear perenne. El melancólico silencio de la casita quizá lo tranquilizaba, porque él venía de los ruidos estruendosos; tranquilizábale ver á Magdalena en sus prácticas piadosas—las que minuto á minuto arraigábansele más,—de rodillas en su reclinatorio siempre pidiendo algo á las vírgenes y á los santos que decoraban la alcoba, ó hallársela en las faenas de la casa, asociada á Refugio, que por ella perecíase, seria siempre, juiciosa, de pocas palabras y menos caricias, con distracciones en la mirada y en el discurso, de sujeto que persigue lo lejano, lo que es muy difícil llegar á ver, lo que engendra á los iluminados y á los místicos. Evangelina, que era el polo opuesto, cantadora, juguetona, mimosa, acompañábalo hasta el zaguán; le extraía monedas; adivinábale el contenido del bulto que Salvador acarreaba ocultamente; aturdíalo á besos; pedíale que las llevara al teatro, ¡á andar calles siquiera! Todavía, al plantarse impaciente en la esquina á aguardar el tranvía, lo alcanzaba la voz de su hija menor, gritándole zalameramente:

—Diviértete, pero tráenos dulces, castañas cubiertas de «El Globo»... ¡No se te olvide!...

¿Cómo sospechar nada de lo que con el tiempo había de arrebatarle á sus dos hijas, si era la una demasiado formal y no pasaba la otra de ser una chiquilla?... Por eso, tan sonriente abordaba Salvador el tranvía; por eso iba y negociaba el cuadro ó la curiosidad quitados al estudio, y recalaba en la cervecería, en la mesa de los intelectuales; primera y prolongada estación del diario trasnochar. Muy poco serio pintaba ya, y á no ser por el sueldo de la cátedra famosa y por lo que amañaba con un trabajillo que otro, hecho á escape, á fin de ganarse los cuartos únicamente, sin curarse de renombres ni de famas—que hoy calificaba de vanidades,—no habría podido hacer frente á sus dispendios de afuera ni á los imprescindibles gastos del domicilio. Sus dos cuadros inconclusos, el desnudo de Emilia y «El Alma Nacional» revelándose en la ciudad de México, allá continuaban, rechupados y hoscos, en los dos caballetes polvosos que no había vuelto á mover. Si tan á tiempo no interviene su capricho por Carolina Moralba, convertido en pasión gracias á las resistencias de la chica, Salvador húndese con hijas y todo; pues ya se hallaba á punto hipotecar, y aun de vender, el nido edificado con las economías é industrias de Emilia. Asustado, moderó sus disipaciones, volvió á trabajar en el estudio, sin desnudarlo más de curiosidades, óleos y armas, y con algunos retratos de políticos y de enriquecidos, bien pagados, se acercó un tantico á sus niñas y atajó el derrumbe. Nadie puso tan atinadamente el dedo en la llaga como Evangelina, al convencerse de mudanza tamaña en la existencia de Salvador; y cuando al cabo de dos ó tres semanas el artista trabajaba sus seis horas bien contadas y sólo salía ¡un rato!, después de haber cenado con sus dos hijas, se la espetó, irrespetuosamente, causando turbación en él y en Magdalena rubores:

—¿Cuánto apostamos, papá, á que te nos has enamorado?... ¿verdad que adiviné?...

—¿Y qué sabes tú de amores, ni cómo me faltas al respeto hablándome de eso?—inquirió Salvador, sin dar la cara á Evangelina, dibujando arabescos con un tenedor sobre el mantel.

—¡De amores no sé más de lo que dicen las personas grandes y una oye todos los días!—replicó la muchacha envalentonada.—¿En qué te falto al respeto con mi pregunta?...

—En mucho—agregó Salvador,—y no te permito que vuelva á ocurrirte semejante cosa... ¡Aprende á tu hermana!

Evangelina había mentido descaradamente asegurando á su padre que no sabía palotada de mal de amores, dado que amaba ya, en sus albores de juventud, á un pobre estudiante de leyes, Luciano Pagaza, quien, ignorante como ella, y apenas con dieciocho años á cuestas, seguíala de pocos meses acá y hacíale una corte distante y respetuosa, que casi no lo parecía.

Principiaron ambos á deletrear el delicioso abecedario del querer, tímidamente; él, mirándola mucho, desde lejos; hecha una grana ella, en cuanto sentía encima el apasionado mirar del estudiante, mal pergeñado para galán y peor para marido posible; cargado de libros bajo su brazo y de ensueños bajo su cabellera alborotada; en rumbo hacia todas las conquistas, aunque con el calzado estropeadísimo y el bolsillo flaco; decidido á luchar, á vencer, á escalar alturas y crestas, á ganárselo todo, hasta el cariño de Evangelina que se abría á la vida precozmente, cual flor temprana henchida de savia, que pugna por abrirse de una vez para cuanto antes esparcir su aroma. Fué su mutuo acercamiento espiritual, simple y encantador, como

el de tantos adolescentes que se ven y se aman á la luz pública, delante del mundo y sin que nadie de ello se percate, ó, caso de que alguien lo advierta, no sonría y apresure el paso á fin de no perturbar esas conjunciones de almas que se aman por misteriosa atracción de los cuerpos que las aprisionan. Se conocieron en la quieta y melancólica Alameda de Santa María, adonde las hijas de Salvador concurrían tarde á tarde escoltadas por Refugio, y adonde en aquella ocasión el azar empujó á Luciano, á pesar de que raramente aventurábase por sitios tan alejados de su centro. Aún había sol, un sol agónico que arrebolaba árboles, plantas y hojas. Enfrascado en la lectura de su texto, no descubrió Luciano los andares de las niñas hasta que le hurtaron la luz desfalleciente del día; muy airado levantaba el semblante y cerraba de un golpe el volumen para bien demostrar su disgusto, cuando sus ojos toparon con los de Evangelina, que, por extranjero en el barrio, venía mirándolo desde mucho antes. Y á la vieja usanza romántica, el incendio se declaró, ¡oh!, muy poco á poco y muy agradablemente por añadidura, pero incendio al fin, las primeras chispas, una admiración recíproca; luego, una discreta persistencia en el mirarse, como si los ojos y los corazones trataran de precisar á persona que de nuevo hallamos y que ya de antemano conocíamos en otra existencia desaparecida, de la que no conservamos sino veladísima memoria fragmentaria; luego... un contento sin límites, contento de hallazgo de algo indispensable que suponíamos perdido; por remate, la duda, el temor de habernos engañado, y vuelta á mirarse, de más lejos ahora, para rectificar... y la pregunta mental que nos obsesiona: «Pero, ¿quien será, Dios mío, quién será?...»

De este inicial azoramiento, pasaron pronto á la escritura, es decir, Luciano pasó, disparándole á Evangelina

epístolas capaces de ablandar, nó á quien ya estaba blanda y bien dispuesta, ¡á las mismísimas peñas insensibles! No las respondió Evangelina—¡lo justo, justo!—mas en cambio, ¡cómo las guardaba y cómo leíalas á hurtadillas, hasta aprendérselas de coro y muy pensativa quedarse, la linda cabecita doblada sobre el pecho, contemplando en los polvorientos pisos de ladrillo los cielos de ventura que en los renglones manuscriptos le prometían!... Así debía de ser la cosa, según Luciano se la pintaba en la diaria misiva hecha mil dobleces que por las mañanas recogía Evangelina del balcón del estudio, del hueco medianero entre el barandal y las losas, no obstante que desde la víspera demasiado que había visto, tras de los cristales del taller á obscuras, sin levantar las cortinas, el instante preciso en que Luciano ahí depositábala con precauciones apresuradas de malhechor novel. No abría entonces las vidrieras por no delatarse y destruir la dulce emoción que después procurábale, en su cama ya y valiéndose de estratagemas mientras Magda se entregaba á sus rezos para aprovechar la flama de la vela que alumbraba los gruesos devocionarios de su hermana, el leer á medias la carta del día anterior al fin hospedada bajo la almohada, y el dormirse pensando:

—¿Qué me dirá mañana?...

Un buen día contestó: que apenas iba á cumplir quince años; que era pecado ocuparse en esas empresas, propias de edades más provectas; que ella aún asistía al colegio y no acababan de ponerle el vestido «enteramente» largo; que por lo que al resto hacía, no gustaba de saber que Luciano penase tanto; que se pusiese en cura y no fuese de veras á enfermar en serio por asunto de tan poco momento... lo de siempre, en cuanto se da respuesta á las cartas que sólo amor piden.

En seguida vinieron otras y otras, pidiendo algo más; y la inquietud de la muchacha subió de punto, sus complacencias aumentaron hasta conceder la charla de viva voz, en el mismo balcón del estudio, aprovechando las prácticas piadosas de Magda y Refugio—que ¿qué tanto le pedirían á Dios?...—y las ausencias del padre, que por rareza acompañábalas. El tal balcón oyó los primeros juramentos de buena fe, los primeros tuteos balbucientes; vió los primeros abandonos en que las manos de ambos juntábanse por instinto, y por cariño juntas permanecían, los primeros ósculos puros que los enamorados jóvenes se otorgan sin remordimientos ni malicias, cuando las almas prisioneras de la carne, que á la larga desgarra la venda suave, no hallan camino mejor que el de los labios ignorantes del perjurio y de otros besos, para aproximarse y de exceso de ventura permanecer mudas. ¿Testigos de vista que pudieran delatarlos?... pues ¡las estrellas, la luna algunas noches! ¿Testigos de oídas?... discretos y escasos: el foco de arco vecino que les iluminaba los semblantes y de vez en cuando los alarmaba con sus vibraciones de desapacible sonido que los sumía en las tinieblas por un segundo; las máquinas del paradero con su angustiado pitar y su terco repique, que entraban y salían de países extraños, de lugares remotos, como pidiendo auxilio para su incansable correr de ciegos poderosos. A modo de enredadera, que á poco de consentírselo se ase á un punto cualquiera y en él prende y lo cubre y lo perfuma, así el balcón sin tiestos ni macetas se vió envuelto por el amor de Evangelina y de Luciano, aumentando sin cesar y enflorando los hierros, el dintel, el umbral, con flores invisibles que á ellos nada más los embriagaban. Nadie interrumpía sus pláticas, insensiblemente prolongadas en virtud de la connaturalización que nos viene con los mayores riesgos, luego de afrontados. Noche hubo en que á pesar de la tardanza de Evangelina en presentarse al comedor, al asomar Refugio ó Magdalena dentro del taller á obscuras para inquirir la causa del retardo, sin que á Evangelina se le alterara siquiera el tono de la voz, contestaba calmadísima á preguntas y reproches.

—¿Qué haces, niña, que no vas á cenar ni oyes que te llamamos?...

—¿Qué he de hacer?... ¡Tomar el fresco y aburrirme mientras Uds. aburren á los santos con tanto rezarles!...

Hasta el segundo plato no se apaciguaba el altercado de las dos hermanas, en el que Refugio terciaba con parcialidad notoria del lado de Magdalena, muy apesadumbrada del poco fervor de Evangelina.

—Tu hermana es una santa—declaraba Refugio acariciando á la rebelde, que, por no acusar su propio júbilo, con fingidos arrestos continuaba en la pelea,—y es además tu hermana mayor. No la amohines y haz lo que te diga, que ello ha de ser lo que te convenga.

No amainaba la pícara. ¿Por qué obedecer á Magdalena si ésta no los quería ni á su padre ni á ella?...

—Lo que tú quieres es el convento, ser monja, ¡no lo niegues, que se lo he oído á Uds. dos muchas veces!—riendo decíale á Magdalena, quien, por no mentir, callaba abrumada, inclinábase encima del plato, bebía apresuradamente gruesos sorbos de agua.

También Refugio, desarmada, so pretexto de ir «por lo que seguía», salíase del comedor y murmuraba:

—¡Qué sabes tú de conventos ni quién ha de hacerte caso, charlatana!

Mas es lo cierto que triunfaba de sus enemigas coligadas; á Refugio reducíala al mutismo, y á Magdalena al

mutismo y á la aflicción, una aflicción cuyo crecimiento atajaba, porque en el fondo adoraba á su hermana. Y allá se le iba, con silla y todo, á colmarla de caricias y de frases tiernas:

—Pero no seas boba, Magda, ¿no ves que estaba bromeando?... Ríete, anda, ríete conmigo y págame este puñado de besitos... ¡á que no!...

Al fin, sus rostros se juntaban, mezclábanse sus cabellos, y con las risas de Evangelina salían á relucir lágrimas de Magdalena. De contemplar el grupo, de mirarlo con sus ojos vulgares de mujer ruda, conmovíase Refugio y á su manera descifraba el marcado contraste de las hermanas abrazadas: las blancuras liliales de Magdalena, su mirar recatado y su rostro oval de palideces místicas, le evocaban el claustro, el ayuno, la mortificación del cuerpo mórbido, la esterilidad, la toca y los hábitos de las estampas religiosas, la plegaria perpetua, la vida contemplativa y las vigilias expiatorias sobre las losas heladas de los templos medio iluminados por cirios de flama vacilante, rígido el cuerpo, crucificado en los maderos del piso, en el polvo la boca, mientras arriba, en el coro, las reclusas que no han de tornar al mundo entonan salmodias lúgubres y al imponente són de los órganos clamorantes, imploran el perdón y la misericordia para los que viven y mueren en el pecado... ¡Todo lo que la misma Magdalena le contaba! Y sin que Evangelina le hubiera contado nada, veíla distinta y no comprendía por qué. Sus blancuras eran rosadas, curioso el mirar y sin palideces el rostro, antes con hoyuelos en la barba y en las mejillas, cuando reía. Evangelina le evocaba el mundo, gozaba frente á su hambre sana por comer y beber, frente al cuidado y aseo del cuerpo, mórbido también, que se embellecía para el amor primero y para la maternidad después—pensaba Refugio,—

sin renunciar al adorno y los colores que alegran; adivinaba, dentro de su rudeza, que Evangelina consagrábase á la vida activa de fecundidad y reproducción, á los sueños de desfallecimiento normal y casto, muy unida al esposo en el tibio tálamo en que se engendra y alumbra á los hijos; la boca, guardando entre sonrisas que ni el sueño osa borrar, el dulce dejo de los besos cambiados, mientras en las entrañas bendecidas por los sacerdotes se consuman las portentosas concepciones de los seres nuevos, alborozados desde antes de nacidos, revolviéndose en ese asilo temporal y sacro, luego hiriendo y desgarrando á la madre, al nacer, y entonando con su lloro de inocentes, al venir á la luz, triunfales himnos sonoros á la vida de la gracia de sus infancias, y á la gracia de la vida, más tarde, cuando adultos la viven...

Por vulgar y por ruda, Refugio sólo advertía el contraste entre las hermanas, pero sin explicárselo á las derechas, sin darse exacta cuenta de que la una estaba enamorada de la muerte, y de la vida la otra; de que la una encaminábase al convento y la otra al amor; de que en la una y en la otra resucitarían quizá vocaciones y atavismos de antecesores y abuelos. La diferencia, pasmábala aunque sin estorbarle que venerara á Magdalena y que quisiera de sobra á Evangelina, que lo alegraba todo, como un rayo de sol.

A causa de sus ausencias del hogar desertado por la esposa, Salvador no pudo enterarse á tiempo de la irrevocable resolución diversa que parecía animar á cada una de sus hijas. En las raras ocasiones que á ellas asociábase, reía por igual de los misticismos de Magda que de las travesuras de Eva, sin imaginar los derroteros que á una y á otra atraían, sin figurarse que podría nunca perderlas á entrambas; por lo que continuó en sus locuras y liberti-

najes, alegándose que sobraba tiempo para imprimir las direcciones que á cada una conviniese. Hoy por hoy conformábase con acariciarlas, con regalarles dinero; muy de tarde en tarde iba á tomar lenguas de las «señoritas» á cuya custodia teníalas confiadas. Las «señoritas» informaban: Magda, una santa; Eva, una endiantrada de buenísima índole.

—Pues saquen de la una lo que á la otra haga falta—les contestaba Salvador,—y vuélvanmelas iguales, comunes y corrientes, ni en olor de santidad ni apestando á azufre. ¡Que salgan como la mayoría de las chicas de sus años!

Emilia, pudriéndose allá en su fosa (poco visitada por el viudo y mucho por las huérfanas), tampoco podía ayudarlas ni aconsejarlas; lo que de ella restaba sobre la tierra: aquel inconcluso desnudo de su cuerpo retratado en la tela que se resecaba y desvanecía en el caballete á los principios, de cara al muro ahora, cual si Salvador así la castigara por haberse muerto y dejádolo zozobrando, esos restos no podían escuchar los juramentos con que Luciano y Evangelina se ataban las voluntades noche á noche en el balcón del estudio, á unos cuantos pasos del cuadro cuya pintura se borraba de la tela, para luego borrarse, al igual de todos los que mueren, de la memoria de sus deudos. Y á Magdalena menos podía asistirla, pedirle que no asesinara su juventud, encauzarle su fervor, apaciguárselo, explicarle lo que ella creyó cuando viva: que Dios quizá ame más á las madres que paren que á las madres que rezan; no podía rogarle que la imitara, que á su semejanza fuese madre y esposa ejemplar, sin traiciones en la mente ni sonrojos en su rostro de mujer completa.

Y el tiempo, con su incesante transcurrir, daba término á la obra principiada por el desvío del artista; las niñas,

tan sólo siguiendo sus inclinaciones respectivas, más se afirmaban cada día en su secreta resolución inquebrantable de llevarlas á efecto. Evangelina contaba con el esfuerzo de Luciano, comprometido á ganarse el título en un año y no en los dos que le faltaban; y Magdalena, con la ayuda de una amistad contraída en no se qué apostolado ó cofradía, con familia encumbrada y rica, entre cuyas buenas obras figuraba la de dotar novicias pobres que iban y profesaban en Italia y España, para tornar á México ya de monjas y engrosar las filas de los conventos tolerados por las autoridades, no obstante delaciones y denuncias de periódicos pseudo-jacobinos y librepensadores.

En éstas, sobrevino á causa de los amoríos con Carolina, la palingenesia de Salvador; pues si bien es cierto que Carolina mucho tardó en ceder y de muchas precauciones procuró rodearse para huir de una perdición callejera refugiada en el matrimonio con varón de su afecto y estima, cierto es también que una vez alcanzado el comienzo de su propósito, una vez entrada en relaciones permitidas y sancionadas, con el artista, descuidó sus defensas y fiada sin duda en la caballerosidad de que alardeaba su elegido, fiada en su promesa solemnísima, un tanto empujada por el querer al pintor que bajo juramento prometía para después de altares y jueces hogar legal y legítima dicha, se entregó al novio antes de las convencionales ceremonias, y al novio, como á casi todos los hombres en trances tales, se le enfriaron los fuegos y poco á poco apartóse por completo de la mujer crédula y débil que no había sabido resistirle hasta lo último. ¡La vieja historia!...

Con las mejores intenciones, Salvador escribió á don Florentino y celebraron una sola entrevista que bastó para que el anciano inválido otorgara su consentimiento á la solicitud de coyunda, en la que veía decoroso porvenir

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

de su hija, aquella alma de su alma, que,—se empeñó el letrado en proclamar todo trémulo ante el artista emocionado:

—Me ha mantenido, amigo y señor Arteaga, materialmente me ha mantenido, como la joven esa que existe pintada en la Academia, Ud. ha de saberlo, Ud. que es allí catedrático, sabrá quién es su autor; yo únicamente recuerdo el asunto por lo que al mío se asemeja... ¿Ya recuerda á cuál cuadro me refiero?... Un cuadro grande, de tamaño natural ó poco menos sus dos figuras; es un calabozo, de ventana de reja; en un camastro se ve sentado á un viejo flaco, de ojos hundidos, de luenga barba blanquísima, ¡como yo, vamos!... medio desnudo, pegando la hambrienta y desdentada boca al seno turgente de la hija, que lo amamanta igual que á un chiquillo... ¡igual que Carolina á mí!

No lo dejó continuar Salvador, ni él habría podido; diéronse las manos, en apretón viril de hombres que se comprenden sin necesidad de que melancólicas y humillantes palabras agraven una situación, grave ya de suyo. Y la entrevista toda fué así: desgarradoramente franca de la parte de don Florentino, que confió á Salvador hasta el adulterio de la madre de Carolina, génesis de sus males y desventuras; intensamente interesante para Salvador, en quien sus adormecidas ideas de nobleza y justicia despertaron sacudidas por aquel drama frecuente y vulgar, que á millaradas codeamos sin advertirlo. Y conforme interiorizábase de los acaecimientos, conforme reconstituía el pasado de esos dos proscriptos de la dicha, la imagen de Carolina aureolábase con la pormenorizada narración del tiempo que llevaban de arrastrar calladamente cadena tamaña de desesperanza y de dolor; los pesados eslabones, sin embargo, se aligeraban en la fantasía del pintor, que los miraba

subir por sí mismos y prenderse á la negra cabellera de la muchacha, en cuya testa heroica antojábasele que relucían é irradiaban á modo de gemas de sufrimiento, de diadema preciosa y rara que sólo las vírgenes fuertes ostentan, y que las otras, las vírgenes á medias en que tanto abundan las metrópolis corrompidas, no lucirán nunca porque prefieren las que todo el mundo compra con dinero.

¡Qué linda veía Salvador á su prometida y cuánto jurábase hacerla totalmente feliz, más por justicia que por amor—á pesar de que éste, acicateado por la señoril resistencia de Carolina, ofrecía realizar proezas de abnegación y de ternura,—para que hubiera alguien que al fin la recompensara del bregar prolongado, de la conservación de su pureza al través de asechanzas y peligros perennes! El, Salvador, la premiaría con su cariño; daríala el puesto á que ella por su comportamiento tenía derecho, y el gananccioso sería él que había urgente menester de una compañera que asemejándose á su buena Emilia, le evitase los tropiezos y malos pasos de su inseguro andar de artista que por ir viendo hacia arriba no atina á sortear las charcas y miserias que temporalmente lo ensucian y detienen. Y de llegar tenía, allá, muy en lo alto, donde termina el ascenso de los genios y la inmortalidad se afirma después de que estos laborantes regaron el enorme camino, de emoción y luz, de colores y sonidos, de ideas y líneas—así también vayan esparciendo sus vicios y defectos, sus irregularidades y caprichos, lo único que la miopía moral de burgueses y filisteos escarba y censura en los artistas, olvidándose de sus virtudes.

Salvador, enamorado y entusiasta, le disparaba esto y más, en nervioso discurso, al anciano inválido que se lo aprobaba con el gesto, con la palabra, con sus ojos despestañados y cegatones: ¡así sería!...

Establecida la simpatía mutua; contestes los dos en el elogio de espíritu y cuerpo de Carolina (trabajando á esas horas en la fotografía y obligada á ocultar su ansiedad á los amos del negocio, á los compañeros de esclavitud y al público indiferente y pesado), don Florentino se tranquilizó; aquel individuo, hasta ayer ignorado y enemigo, demostraba ser un caballero sin tacha, medio estrafalario en algunas teclas, mas excelente en el fondo; lleno de fuerza; de talento, de confianza en sí mismo, de ansia nobilísima por ganárselo todo: ¡amor, renombre, fortuna!... todo lo que no habían disfrutado nunca don Florentino ni su hija; todo lo que al viejo no le importaba ya un ardite, hallándose cual se hallaba en la edad de los renunciamientos supremos á cuanto el mundo encierra; pero todo ¡ay! lo que anhelaba para su hija: que se la quisieran mucho—¡nunca sería lo que la quería él!; que el renombre del marido en ella se reflejara, y que el bienestar, eso de la fortuna no era sino fantasmagoría de enamorado... que el bienestar, aún desconocido para Carolina, tornárase en el inseparable compañero del esposo... La plática entre ambos varones, sublimábase; frases y palabras, por la alteza de miras que expresaban, como que brotasen aladas de los labios del pintor y de los labios del letrado. Los dos entendíanse en el pensar y en el sentir, hasta se desviaron un punto del objeto que habíalos congregado, pero pronto tornaron á él, á causa de un agudo dolor en los huesos del valetudinario, quien festivamente solía explicárselo á su hija, y festivamente se lo explicó ahora á Salvador, luego que hubo pasado:

—No es dolor precisamente ¿sabe Ud.?... Es cansancio de haber guardado tantísimo año una misma postura... ¡Desean descanso!...

No resultó festiva la explicación, al contrario; trájolos

al sentido de lo real, por lo que de súbito, varió el cariz de la entrevista. Ya sabedor don Florentino de con quién tenía que habérselas, le hizo acercar su silla, bajó la voz y no le habló como se habla á los yernos que el amor de las hijas nos depara, nó. Ya no había suegro ni yerno, letrado ni artista; era don Florentino, un moribundo que dicta sus disposiciones últimas, sereno el espíritu y expedita el habla; era Salvador, un notario que escucha y apunta en la memoria las postrimeras recomendaciones de un testador que se va. En las tales, ya no se habló de consentimientos ó permisos, pues antes simulaba el pausado discurrir de don Florentino un testamento de quien, como él, sólo puede legar bienes de alma, que no todos estiman del propio modo. Le dejaba á Carolina, su tesoro único, tesoro de avaro que por años hase limitado á contemplar el crecimiento del caudal sin amenguarlo en un céntimo, únicamente recreándose en ver su oro, en acariciarlo con trémulo pulso, á solas y en el silencio, temeroso de que se lo descubran y arrebaten, noche á noche contándolo para cerciorarse de su integridad, atento á todos los ruidos, á todas las pisadas y á todos los ojos por miedo á que alguien olfatee la presea y en un instante lo despoje de lo que ha amasado y amasado durante toda una vida... Se la legaba á Salvador, garantizándole—¡cuánto había de recordar y repetir algún tiempo después Salvador tantas ternezas!...—que era oro puro, ¡purísimo!, él, él *(y el anciano se golpeaba su pecho hundido de los años)*, se lo garantizaba...

Ya no hubo órdenes, ni exigencias; había postreras súplicas, ruegos de enfermo grave, solemnes palabras de padre.

—¡Si Ud. no la malgasta, yo le juro que tendrá dicha para el resto de su existencia; porque no es fácil encontrarse con una mujer de sus tamaños!

Con inmodestia que no lo perjudicó ante el amplio criterio de Salvador, don Florentino prosiguió el panegírico de la hija que se apercibían á quitarle, sin omitir calidad ni virtud, más bien abultando éstas, á fin de que aquel individuo, que no parecía una mala persona, ¡no señor!, acabase de justipreciar la joya que se llevaba.

—¡Quiérale Ud. mucho, amigo Arteaga, porque ella se lo merece, y porque yo, en breve, ya no podré quererla!...

Con sus miajas de cariño y sus llamaradas de deseo por la muchacha, y conmovido ahora por aquel sincerismo idolátrico del inválido, Salvador, de buena fe y con sanas intenciones, ofreció, prometió, juró cuanto le exigieron, honradamente, con firme ánimo deliberado y consciente de cumplir los compromisos que espontáneamente contraía. Por supuesto que la haría dichosa ¡su palabra de honor!

—Y Ud. será el testigo íntimo de nuestra dicha—encarándose á don Florentino, que principia por negar con la cabeza y acaba asintiendo con síes entrecortados, —el que la compartirá con nosotros, porque así Ud. se empeñe, no nos da la gana que Ud. se nos muera tan pronto; á fuerza vamos á hacerlo vivir, y en lugar de las tristezas del sepulcro piense Ud. en el puñado de nietos con que he resuelto obsequiarlo; será Ud. abuelo, quiera ó no quiera, ¡no faltaba otra cosa!... Lo que Ud. echa de menos es su poquito de trabajo, y yo me encargo de conseguírselo; un *negociazo* de que me han hablado por ahí y que podrá dejarle unos cuantos pesos á este señor licenciado tan haragán y tan asustadizo... ¿A que yo le traigo salud y riqueza, don Florentino?...

Contagiado el viejo, púsose á reir como Salvador reía; y riendo á los dos se los encontró Carolina, de vuelta de su empleo, donde había contestado máquinalmente á un

montón de preguntas, mientras pedía á Dios que de aquella entrevista decisiva saliese su ventura.

¿Por qué en lugar de ésta lo que salió fué su desgracia?... Pues porque la vida es así, traicionera é insensible, y porque Salvador, que inauguró las relaciones permitidas y benditas de antemano por don Florentino, estaba enardecido más que enamorado, y porque Carolina, de puro apasionada y crédula no supo substraerse á las exigencias de esa misma pasion y se dió al Elegido; que no parece sino que la mujer que ama á ello está condenada por misteriosa ley sexual. Si la prueba por excelencia que de su amor se le pide es la entrega casi irreflexiva de su cuerpo, ¿por qué ha de escatimarlo si quiere de veras y además de querer, también siente y también es esclava de las vibraciones de la carne, que los hombres despiadadamente le excitamos con nuestra lascivia y perenne brama?... Ella, al darse, persigue y cumple su misión esencial de maternidad, de sér que lleva en sus entrañas los gérmenes de un mundo, sus hijos y los hijos de sus hijos, por siglos, por milenios... ¡Nosotros, sólo perseguimos un instante del placer más vecino de la muerte!

Estas eran, éstas, las explicaciones que á sí mismo dábase Salvador después de la catástrofe, en las muchas noches que los remordimientos le hurtaban el sueño. Veía la escena: don Florentino, impedido, en su sillón, y confiando en Salvador por modo absoluto; pues en el fondo de todo viejo—y á pesar de la experiencia á tantísimos golpes aprendida,—palpita el niño que cree en muchas cosas increíbles, y con raciocinio y criterio perturbados, de niño por carta de menos y de viejo por carta de más, equivócase á menudo y no precave los resultados de los asuntos trascendentales. Añada usted que, en efecto, Salvador cumplió con la promesa de procurarle un negocito